

K45
C61
V.1



Capilla de San Juan
Biblioteca de la Universidad



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

COMENTARIO

SOBRE LA OBRA

DE FILANGIERI.

CAPITULO PRIMERO.

PLAN DE ESTE COMENTARIO.

Dos consideraciones me decidieron cuando tomé la determinacion de escribir un comentario sobre la obra de Filangieri. Primeramente hallé un verdadero placer en tributar este obsequio á la memoria de un hombre que honró su país y su siglo : y en segundo lugar, los mismos errores de su obra me han proporcionado la ocasion de rectificar sus ideas cuando eran falsas ; desarrollarlas, cuando estaban oscuras, y limitadas, y enfin combatirlas cuando no están enteramente

I.

I

acordes con los principios de la libertad política, y sobre todo individual, que considero como única base fundamental de las asociaciones humanas, y á cuyo establecimiento nos ha destinado la naturaleza, ya sea por medio de mejoras progresivas y suaves, ya por convulsiones terribles é inevitables.

Nunca fué la intencion de Filangieri contrariar estos principios; pero la época de la publicacion de su libro y su carácter personal, por mas noble y desinteresado que fuese, le impidió algunas veces marchar con franqueza y valentía por el camino recto de la verdad.

No puede decirse de él como de Montesquieu, que observador ingenioso y profundo de cuanto existia, fué muchas veces el apoligista sutil de lo que habia observado. El inmortal autor del *Espíritu de las leyes* se mostró, con frecuencia, celoso partidario de las desigualdades y privilegios, considerando estas

cosas, que un tiempo inmemorial habia consagrado, como partes constitutivas del orden social; y en su calidad de historiógrafo mas bien que reformador de las instituciones, juzgaba oportuno conservarlas al describirlas. Sin embargo su ingenio y la amargura inherente á él, le dictaban algunas veces palabras fulminantes contra los mismos abusos que por sus hábitos y posicion social le inspiraban parcialidad é indulgencia. Filangieri, al contrario, mas desembarazado que Montesquieu de las preocupaciones nobiliarias no repugna declararse reformador. La razon de que existiese una cosa, no era suficiente en él para persuadirle que debiera ser respetada y todos los abusos hubieran desaparecido si su voluntad sola hubiese sido capaz de destruirlos. Pero Filangieri no tenia el talento de Montesquieu. Una especie de dulzura ó reserva en el carácter le arrastraba á acceder á unas concesiones con-

trarias á sus principios, mientras que la vehemencia inseparable del sublime saber forzaba á Montesquieu, no obstante su moderacion, á pronunciar unas sentencias incompatibles con sus concesiones en favor de los sistemas establecidos. Resulta de aquí, que Filangieri, despues de haber tomado la pluma con intenciones mas hostiles que Montesquieu, contra los abusos, los ha combatido en realidad con menos fuerza: sus ataques han venido á ser transacciones, esforzándose mas bien á mitigar el mal que á extirparlo. Se advierte en su obra una humilde y dolorosa resignacion que propende á ablandar el poder que no espera poder desarmar. Tal vez antes de la formidable revolucion que ha conmovido y aun amenaza al mundo, semejante resignacion prudente tuviese su mérito. Si los hombres hubieran podido obtener la satisfaccion de sus agravios por medio de racionios mezclados con

súplicas en lugar de conquistarlos á costa de sacudimientos que han ofendido tanto á los vencedores como á los vencidos, las cosas, quizas, habrian ido mejor. Mas en el dia se hallan hechos los gastos, consumados los sacrificios de una y otra parte, y el language de los pueblos dirigiéndose á sus apoderados, no deberia ya ser el de los vasallos que recurren á la piedad de sus amos.

He aquí la razon por que me advertirán frecuentemente opuesto á Filangieri, no en cuanto al objeto, si respecto de los medios, y para aclarar mi idea expondré un ejemplo: Filangieri se demuestra convencido en cada página de que los privilegios heriditarios son opresivos y funestos, y á los nobles es á quienes propone el sacrificio de sus prerogativas. Ilustrándolos con argumentos, predisponiéndolos por medio de súplicas, y exponiendo á su vista el cuadro del mal que causan y pesa sobre

ellos, espera conmovier su alma, fundando el triunfo, que se lisongea conseguir, en su generosidad particular. Persuadido yo como él de que la desigualdad nobiliaria es un azote, no espero su reforma de los que se aprovechan de él, sino de los progresos de la razon, no en una clase, sino en la masa popular en donde reside la fuerza y desde cuyo seno, por el órgano de sus mandatarios parten las reformas y las instituciones conservadoras de ellas.

Esta diferencia entre la doctrina de Filangieri y la mia es aplicable á todo lo concerniente al gobierno en general. El filósofo napolitano aparenta siempre querer confiar á la autoridad el cuidado de imponerse límites. Este cuidado, en mi opinion, toca á los representantes de las naciones. El tiempo en que se decia que era preciso se hiciese todo *para* el pueblo y no *por* el pueblo ya pasó. El gobierno representativo no es otra cosa

sino la admision del pueblo á la participacion de los negocios públicos. Por él, pues, se opera actualmente, todo lo que se hace para él: las funciones de la autoridad estan ya conocidas y definidas. Las mejoras no deben en manera alguna partir de ella, sino de la opinion, que transmitida á la masa popular, por la libertad con que su manifestacion debe acompañarse, pase de este todo nacional á los órganos elejidos por él y llegue así á las assembleas representativas que fallan, y á los consejos de los ministros que ejecutan.

Creo haber indicado suficientemente, en que se separará el comentario del texto. Lo que Filangieri quiere obtener del poder en favor de la libertad, deseo yo que una constitucion lo imponga al poder. Las ventajas que solicita aquel de este, en pró de la industria, opino yo que ella misma debe conquistarlas por medio de su independendia solamente:

sucede lo mismo respeto de la moral y aun de las luces. En donde Filangieri vé una gracia yo descubro un derecho, y en cuantas ocasiones implora la proteccion, yo reclamo la libertad.

En cuanto á los varios defectos que pueden reprocharse á Filangieri, la indulgencia en este particular es puramente justicia.

Es cierto que se encuentran en este escritor muchas máximas que parecen triviales en el dia: mas en 1780 tenian sino el mérito de ser nuevas al menos el de ser respetables; pues la autoridad que ya las desdeñaba como lugares comunes, las trataba aun como paradojas.

Filangieri se extravía con frecuencia entregándose á lo enfático y declamatorio, mas como escribiese en presencia de los abusos, debe perdonársele un tanto de prolijidad é indignacion concienzuda: era mas bien un ciudadano bien intencionado, que un hombre,

de vastos conocimientos. Indignado de los males de la especie humana y penetrado de lo absurdo de algunas de las instuticiones que causaban estos males, parece que tomó mas bien la pluma como filántropo que en calidad de escritor impulsado por su talento: no tiene ni la profundidad de Montesquieu, ni la perspicacia de Smith, ni la originalidad de Bentham; no descubre nada por sí mismo, sino que consulta á sus predecesores, reune sus pensamientos y elije los mas favorables al bien estar del mayor número, cuyos derechos establece de un modo muy moderado y coordina los materiales reunidos de este modo, en el orden que le parece mas conveniente, el cual, aun no es siempre el mas natural ó mejor. Filangieri invierte inutilmente, mucho tiempo, en demostrar algunas cosas de que ya nadie duda; consagra páginas enteras para excitar en el alma del lector unos sentimientos de

entusiasmo é indignacion que el autor del *Espiritu de las leyes* inspira en dos renglones. Pero se observa aun en las mismas del digresiones publicista de Nápoles, la conciencia y el deseo del bien; y como en el momento de la publicacion de su libro, la opinion se inclinase hácia las mejoras y reconociese la necesidad de poner límites al despotismo, per esto siempre divaga ó declama en favor de las reformas y en honor de la libertad.

Resulta de un tal carácter (y tomo este pensamiento del prefacio de su traductor) que Filangieri á penas se eleva sobre la ilustracion pública cual se hallaba cuarenta años hace; y por cierto que el saber público de entonces era muy inferior al que han formado treinta años de luchas, revoluciones y experiencias; pero aquella medianía de ilustracion, permítaseme la expresion, es á mi entender la principal ventaja que

puede tener para nosotros, la obra de Filangieri. En ella hallamos el medio de asegurarnos de los progresos de la especie humana en legislacion y en política, de cerca medio siglo á esta parte, comparando los principios admitidos ya anteriormente sobre estas materias por hombres muy ilustrados con los que en el dia son el objeto de nuestro examen y disputas cotidianas. Si por un lado nos conduce esta comparacion á desechas las exageraciones, fruto de la inexperiencia, y que hacen inaplicables las mejores teorías, bajo otro aspecto, nos preserva de volver á caer, por un impulso retrogrado, bajo el yugo de las preocupaciones de que se habian libertado nuestros predecesores, y el trabajo que Filangieri habrá mas bien promovido que servido de guia, no será segun creo sin utilidad.

En consecuencia, pues, de la reseña que acabo de hacer de este comentario,

se advierte fácilmente que yo me habia propuesto seguir el hilo de mis propias ideas recordando las de Filangieri, ó subordinar mi trabajo al suyo adoptando el orden de las materias tal y como se halla en su obra.

Este último partido me ha parecido preferible, á pesar de que me vea precisado muchas veces á subdividir, lo que hubiera deseado reunir. Pues el lector está mas en el caso de comparar el comentario con el texto y fallar cuando haya disenso entre Filangieri y su comentador.

CAPITULO II.

De un epigrama de Filangieri contra la perfeccion en el arte de la guerra.

MONTERREY, N. L.

« Todos los cálculos que por tanto tiempo
 » han agitado los consejos de los príncipes,
 » no han tenido, otro objeto que la solución
 » de este problema: ¿ Cual es el modo de
 » matar la mayor cantidad de hombres en el
 » menor espacio de tiempo posible? »

INTRODUCCION, p. I.

Por poca que sea la atencion con que se lea á Filangieri, se notarán en él muchos defectos cuyo ejemplo le dieron nuestros escritores del siglo diez y ocho. Uno de los mas notables era el deseo de lucir, que les empeñaba á analizar con demasiada sutileza unas consecuencias inesperadas para darse la importancia del atrevimiento y de la novedad. La definición del problema que los sobera-